

OP 202
-06
02
1854
v. 3

OPRAS
DON JUAN DONOSO CORTES

OPRAS Y PRINCIPALES DE LAS NOTICIAS BIOGRAFICAS

OPRAS TERCERO

OPRAS TERCERO



OPRAS TERCERO

18840

CURSO DE HISTORIA

DE

LA CIVILIZACION DE ESPAÑA,

POR D. FERMIN GONZALO MORON.

(JUICIO CRÍTICO, PUBLICADO EN LA REVISTA DE MADRID, DE 1843).

La vida y la civilizacion, hablándose de los pueblos, son una misma cosa; por esta razon, civilizarse y vivir son palabras sinónimas, cuando se aplican á la humanidad, en el lenguaje de la filosofia. Los escritores antiguos, al escribir la relacion de las batallas y de las acciones de los príncipes, recomendaban á la posteridad sus relaciones con el solo nombre de *Historia*; título bello por su sencillez, y magnífico por la idea de lo universal y de lo absoluto que ofrece á la imaginacion, y que despierta en el entendimiento. Los escritores de nuestros dias, al abarcar en sus investigaciones la vida entera de las sociedades, han dado á sus obras el nombre de *Historia de la civilizacion*; título despojado de aquel caracter augusto de universalidad, tan propio del genio artístico de los an-

010358

tiguos escritores, y de aquella belleza sencilla cuyos resplandores celestiales y serenos van apagándose en el mundo. ¡Historia de la civilización! pues qué ¿la civilización es, por ventura, solamente una de las muchas cosas que caen debajo del dominio de los historiadores? pues qué ¿el que escoje á la civilización por asunto de sus investigaciones históricas, deja fuera del círculo que se propone abarcar, alguna cosa que pueda servir de asunto á las investigaciones humanas? Si yo hubiera de definir á la civilización, la definiría como Séneca al Dios de los estóicos: Dios, dice Séneca, es todo lo que vive, todo lo que se mueve. No, eso no es Dios; pero es la civilización, que se dilata hasta donde se dilata el movimiento, y que se extiende hasta donde se extiende la vida. Se concibe muy bien, que á la relación de los acontecimientos políticos de un pueblo se le dé el nombre de *historia política*: que á la relación de las vicisitudes de su literatura se le dé el nombre de *historia literaria*; pero lo que no se concibe es, que á la relación de todos los fenómenos de su vida se le dé el nombre de *historia de su civilización*; porque si esa no es su *historia* por excelencia, ¿cuál es su historia?

Al hacer estas observaciones, no ha sido mi ánimo escribir contra el señor Moron un capítulo de culpas; como quiera que, al adoptar de la mano de otros escritores el título de su obra, no ha caído en ningún error que le sea propio, contentándose en su modestia con seguir las pisadas de los que le han ido delante. El fin á que estas observaciones se encaminan, es hacer, en esta ocasión, visible y como de bulto la distancia que hay, consideradas bajo el punto de vista artístico, entre la civilización antigua y la moderna. En los tiempos antiguos, la idea complexa de la civilización no cabía en el entendimiento del hombre; y sin embargo, lo que esa idea contiene en sí de universal y de bello, los antiguos lo encerraron en una sola palabra: *la historia*. En los tiempos ahora presentes, la idea de la civilización es ya de dominio común; y sin embargo, hemos desechado esa manera antigua de expresar esta idea novísima, ignorando el arte de conservar, en los títulos que las ponemos, lo que hay de bello, de universal, de absoluto en

nuestras obras. Nadie diría sino que la civilización antigua se distingue por su encargo de encontrar nombres para todas las cosas, formas para todos los conceptos, expresiones para todas las ideas; y la moderna, por el de encontrar ideas para aquellas expresiones, conceptos para aquellas formas, cosas para aquellos nombres. Nuestro es el principado de las ciencias: de la antigüedad, el de las artes: los antiguos aplacaban su sed en las fuentes claras de la belleza; nosotros en las recónditas de la sabiduría. Nosotros somos más sábios; los antiguos más cultos: hasta los títulos de las obras van declarando, á un tiempo mismo, nuestra civilización y nuestra rudeza, su ignorancia y su cultura. De esta manera, la belleza y la verdad, que son una misma cosa para el entendimiento divino, son para el humano dos cosas de todo punto diferentes.

Viniendo ya al libro del señor Moron, comenzaré por asegurar dos cosas: la primera, que ha comprendido con admirable sagacidad todas las ideas que contiene en sí la palabra *civilización*: y la segunda, que ha hecho los estudios necesarios para escribir la historia de la civilización española: cosa digna de grande admiración, y propia, no ya de nuestros días, sino de aquellos tiempos heroicos en que los sábios no creían haber aprendido nada si no habían estudiado de sol á sol; convencidos como estaban, de que el hombre no podía llegar á ser partícipe de la ciencia sino con el sudor de su frente. Preparado á la grande empresa que echó sobre sus hombros con aquellos vastos estudios que eran de todo punto necesarios para llevarla á su dichoso remate, el señor Moron ha comenzado su obra, pasando como en revista á los príncipes entre los historiadores, así antiguos como modernos, así propios como extraños. En la primera de sus lecciones, van pasando, uno después de otro, como en procesion gloriosa, entre los griegos: Herodoto, el hijo intelectual de Homero, en quien se confunden todavía el historiador y el poeta; Tucídides, que escribe la historia como un asunto de Estado; Jenofonte, el discípulo querido de Sócrates, que escribe una retirada épica como una leyenda sencilla: entre los latinos, Salustio, el hombre de claro ingenio y de estragadas costumbres, que tiene magníficos colores para pintar la virtud y para

retratar el vicio; que sabe de la misma manera lo que piensa el buen repúblico, y lo que sueña el ambicioso; en quien se hermanan la insensibilidad del corazón y la sensibilidad de los nervios: y Tácito, consumado en el arte de condensar las idas, y hábil como Shakespeare en fulminar inolvidables sarcasmos; que pinta en el papel, como Rafael en el lienzo; y cuyo encargo providencial y tremendo fué ser el acusador elecutísimo de los tiranos en el tribunal de la historia, y su implacable perseguidor en la tierra. Échase de menos en esta revista á Tito Livio, que cuenta con un estilo inimitable acciones que no han sido imitadas, y el más grande historiador del pueblo que ha dado mayor asunto á la historia; y á César, el más correcto, el más puro de los historiadores latinos, que escribe entre batalla y batalla para entretener el ocio, y nadie diría sino que escribe para conquistar la gloria; que en la elocuencia compite con Ciceron, en las virtudes militares con Bonaparte y con Anibal, en la ambición con Alejandro, en la sagacidad con Augusto, en la continencia con Scipion, en los vicios con Catilina, en la sobriedad con el soldado de sus legiones, y en la magnificencia con los sátrapas orientales, y con los reyes fabulosos de Babilonia y de Ninive: pudiendo afirmarse de él que ha sido el hombre más completamente grande entre todos los hombres. Pasando de los tiempos antiguos á los modernos, sin tocar en la edad media, viene el primero de todos Maquiabelo, poeta, historiador, filósofo, hombre de Estado, que puso la religion al servicio de la política, y el sacerdocio al servicio del imperio, y el imperio al servicio del príncipe, y el príncipe al servicio de sus vanos antojos: viene despues Bacon, el concusionario, reformador de la filosofía y corruptor de las costumbres, hombre de claro pero no agigantado ingenio, superior en mérito á cuasi todos sus contemporáneos, solo inferior á Descartes y á su fama: en seguida viene Bossuet, el primer sacerdote de la cristiandad, el último padre de la Iglesia, el hombre que ha hablado más dignamente de Dios á los otros hombres, y á Dios de la fragilidad de los reyes; el que pensando en la Providencia, hubiera descubierto la filosofía de la historia, si no la hubiera descubierto muchos siglos antes San Agustin, antorcha de

la Iglesia de Jesucristo, prodigio del Africa, maravilla del mundo. Despues de Bossuet, viene Vico, nacido en la patria de Pitágoras, heredero de su genio investigador, melancólico y profundo, de quien hablan hoy hasta los ignorantes, habiendo muerto desconocido hasta de los sábios; maestro de Alemania, renovador de los estudios históricos en Europa. Despues de Vico, que sujetó la historia á las leyes, viene Montesquieu, que todo lo explica por la historia; y Voltaire que la falsifica; y Rousseau que la desprecia; y Robertson, compilador elegante de la escuela volteriana; y Hume, el más grande historiador de Inglaterra; y Gibbon, hombre de prodigiosa y escogida erudicion, que ha dejado en pos de sí un monumento grandioso que hubiera sido inmortal, si el que le fabricó con sus manos, no hubiera alcanzado á verlo todo menos á Dios en el crecimiento de las civilizaciones, y en la declinacion y ruina de los imperios. Vienen, por fin, á completar el número de esta gloriosa dinastía de historiadores inmórtales Hegel y su discípulo Gans, que hacen proceder la historia de la razon humana, sujetándola á fórmulas inflexibles; Niebuhr y Savigny, que explican la antigüedad por sus reliquias, y la humanidad por las tradiciones; Guizot, que hace proceder la política de la historia, la historia de la filosofía, y la filosofía del buen sentido; y finalmente Chateaubriand, el último y el más grande de todos, que cerrando este ciclo inmenso, dá una mano á los que le comienzan, y otra á los que le rematan, conversando familiarmente, á un tiempo mismo, con los historiadores filósofos y con los historiadores poetas, con los sábios alemanes y con Moisés, con Herodoto y con Homero.

Por esta revista, se echará fácilmente de ver la extension de los conocimientos generales del señor Moron: antes de acometer su empresa, ha querido darse cuenta á sí mismo del estado actual de las ciencias históricas; y para conseguir su objeto cumplidamente, ha recorrido uno por uno todos los grandes historiadores, así de nuestros dias como de las pasadas edades: su juicio sobre ellos no siempre es conforme con el del autor de este artículo; pero en ninguna ocasion deja de ser atendible, porque siempre es meditado. De la misma manera que, antes de escribir sobre la historia, ha

recorrido todos los grandes historiadores del mundo; antes de escribir sobre la civilización de España, objeto especial de sus tareas, ha pasado revista á todos los historiadores españoles. No le seguiré yo en esta segunda parte de su lección preliminar como le he seguido en la primera, ya por no ser prolijo, ya también porque me duele en el alma presentar frente á frente nuestros escritores propios, y los que oscurecerían su gloria con sus resplandores inmortales. Bastará, para mi propósito, afirmar que el señor Moron ha bebido la erudición en sus propias fuentes; y que considerada su obra bajo este punto de vista, es superior á todo elogio y á todo encarecimiento.

Para el señor Moron la civilización comprende, por una parte, la actividad física, moral é intelectual del hombre; y por otra, la actividad material, moral é intelectual del género humano. Entendida de esta manera comprensiva y vasta la civilización, es claro á todas luces que la historia de la civilización de la humanidad solo podría ser dictada por Dios, y escrita por sus profetas. La historia de la civilización de un pueblo particular, si bien no es una de aquellas empresas que exceden las fuerzas del hombre, es sin duda ninguna una de las que exigen su entera aplicación para ser llevada á buen término y remate. No ha desconocido esta verdad el señor Moron; y por eso, consagra con un celo admirable todas sus potencias á la construcción del gran edificio de la civilización española.

Esta civilización tiene algo que la es exclusivamente propio, y algo que la es común con las otras civilizaciones nacidas del Cristianismo. Considerada bajo el punto de vista de sus propiedades especiales, es española: considerada bajo el aspecto de las propiedades que tiene en común con las otras civilizaciones contemporáneas, es europea. Cuanto se dice de España, tiene su aplicación á la Europa. La Europa en su civilización tiene también algo que la es exclusivamente propio; y algo que tiene en común con las civilizaciones antiguas. Considerada bajo el primer punto de vista, es europea; considerada bajo el segundo aspecto, es humana. Así, todos los fenómenos del mundo intelectual y moral van

encadenados los unos con los otros, desde que comenzaron los tiempos hasta la consumación de los siglos. La humanidad entera es una por su origen, una por su naturaleza, una por su fin. Véase por qué el alemán Schlegel comienza su filosofía de la historia en el Paraíso, contando como el primero de los hechos históricos la desobediencia del primer hombre; y por qué San Agustín entre los padres de la Iglesia, y el barón Guirrod entre los filósofos cristianos, subiendo más arriba todavía, procuran explicar la naturaleza humana por la angélica, la prevaricación del primer hombre por la del ángel, el drama de la humanidad por el del Paraíso, el del Paraíso por el del Cielo. De la misma manera que, para explicar á la humanidad, es necesario remontarse hasta el primer hombre, y de este hasta el primer ángel, y de este hasta Dios; para explicar completamente una civilización particular, es necesario remontarse de civilización en civilización hasta llegar á la civilización primitiva del género humano. Todo lo que es primitivo, es oriental: así lo dicen la geología, la filosofía, y la voz de las tradiciones. Las altísimas cumbres de los montes asiáticos fueron el asilo de los pocos que se salvaron de aquel cataclismo universal con que Dios castigó los crímenes y los desórdenes del mundo, cuando abrió, para anegar la tierra, las cataratas del Cielo. Este gran cataclismo reveló á aquellas tristes reliquias de la humanidad la grandeza de Dios y la pequeñez del género humano, sumergido en las olas: por esta razón para el hombre del Oriente, el hombre no fué nada; Dios lo fué todo. El espanto fué causa de que creyera ver á Dios en el horror de la tempestad, sentado en un trono de nubes; de que creyera oír su voz en el mugido de los mares: desde entonces, confundiendo á la divinidad con las fuerzas de la naturaleza, Dios no fué otra cosa para él sino la tempestad que brama, la mar que muge, el torbellino que arrebató los árboles corpulentos, el huracán que va estremeciendo los montes: y de aquí el *Panteísmo*, que es el carácter fundamental de todas las religiones del Oriente. No siendo Dios otra cosa sino la naturaleza, ni la naturaleza otra cosa sino Dios, nada de lo que existe, está sujeto á la ley de la perfectibilidad ni á la de la renovación; porque todo lo que existe, es Dios; y Dios es

siempre uno, siempre idéntico á sí mismo, siempre perfecto, siempre inmutable: y de este principio, dos consecuencias, á saber: que la ley del mundo es la inmovilidad, y la del hombre la contemplación y el reposo. La materialización de la divinidad, la apoteosis de la materia, la inmovilidad de las instituciones, el reposo como el estado natural del alma, el éxtasis como el estado natural del espíritu: estas son las propiedades esenciales de la civilización del Oriente, y sobre todo, de la civilización indostánica. En su paso desde la India á la Persia, la civilización comienza á transformarse: la unidad terrible de Dios se rompe: el Dios, principio del bien, y el Dios, principio del mal, vienen á las manos; la lucha y el movimiento comienzan: el principio del bien no es todavía un espíritu puro; pero es ya una materia sutil, ennoblecida, espiritua- lizada: es la luz cuasi incorpórea, opuesta al principio del mal, representado por todo lo que es corporal, grosero é inmundo: el hombre en la Persia no renuncia el combate, porque aguarda la victoria: si un Dios pelea contra él, otro Dios combate á su lado. El indio es esclavo: el persa es ya libre. La libertad, hija del Cielo, entra en lucha con el fatalismo, obra del hombre; en la Persia, en nombre del principio del bien; en el Egipto, en nombre del dogma de la inmortalidad del alma; en la India, en nombre de un Dios que es un espíritu puro, señor de todas las cosas, y criador de todas las criaturas sin confundirse con ellas. Esta lucha en que toman parte, unos después de otros, todos los pueblos, y unas después de otras, todas las generaciones, comienza en el Oriente, y se termina en el Occidente: nace en el Asia, y acaba en la Europa.

La Europa, representante del principio de la libertad, está representada á su vez por dos grandes pueblos: el griego y el romano. La Grecia comenzó á civilizarse cuando la humanidad había ya vuelto en sí de aquel profundo estupor que sobrecogió á las gentes cuando sobrevino la inundación de las aguas. Hombres fueron los que la enseñaron el arte de cultivar la tierra y de descifrar la escritura: á la humanidad pertenecían Hércules, el vencedor de las serpientes; Aquiles, el domador de Ilion; Edipo, el triunfador de la esfinge; Teseo, el perseguidor de los monstruos. El Oriente no

vió delante de sí, sino á un Dios enemigo del género humano: la Grecia, á donde quiera que volviera sus ojos, no veía delante de sí, sino el espectáculo de la naturaleza vencida por la humanidad, y declarando su triunfo. De aquí resultó, que los griegos, por una parte, humillaron la divinidad hasta bajarla del Cielo y colocarla en el Olimpo al alcance de su mano; y por otra, exaltaron á la humanidad hasta el punto de rendirla, en las personas de sus héroes, deíficos honores. El héroe griego, con el título de semi-dios, podía asistir á los festines de los dioses; y los dioses, descendiendo de su altura, olvidaban alguna vez el gobierno del mundo en el regazo de las mugeres. La humanidad y la divinidad son para los griegos casi una misma cosa; y los dioses y los hombres casi de una misma raza. Júpiter es el mayor entre los primeros: Homero entre los segundos: pero aquí el hombre es más grande que el dios, porque escribe los títulos de su nobleza, y para que entre en la ciudad griega, le otorga carta de ciudadanía. Así como la libertad aparece en el Oriente como principio de oposición al fatalismo que domina en aquellas vastas regiones, de la misma manera el fatalismo se presenta en Europa como contraste de la libertad, que es el principio vivificador de las instituciones occidentales: de aquí, la lucha de los dorios y de los jonios, esas dos razas enemigas; de Esparta y de Atenas, esas dos ciudades rivales: de Solon y de Licurgo, esos dos grandes legisladores, de los cuales el uno parece que escribe lo que le dicta Minerva, y el otro, bajo el dictado de Brama, como si para cumplir su encargo de propagar en Europa la civilización de la India, hubiera llegado á Grecia desde las extremidades del Oriente. ¡Cosa singular! Atenas es vencida, y su civilización vencedora. No parece sino que al abandonarla los dioses, no la abandonaron sino para derramarse por la tierra. Alejandro les abre estrepitosamente las puertas del templo oriental con la falange macedónica: los ejércitos desaparecen: las ciudades caen: los imperios sucumben: los ídolos orientales yacen tendidos en el polvo: el Occidente es dueño del Oriente: las capitales de sus príncipes, las magnificencias de su civilización, todo le pertenece por derecho de conquista, y caen prisioneros de guerra á un tiempo mismo sus hombres y sus dioses.

El encargo de la Grecia está cumplido, y comienza el de Roma.

Hagamos una estacion aquí para contemplar el universo desde la cumbre del Capitolio : allí se han asentado todas las magestades de la tierra : los graves senadores , patronos de los reyes : los cónsules ilustres ; cabeza del Senado : los dictadores famosos , salvadores de Roma : los emperadores magníficos , señores del mundo : los Pontífices santos. De allí procedieron para todas las gentes los consejos de la paz y de la guerra : allí se ordenó la dispersion de las legiones romanas , con el encargo de sujetar el mundo con la espada y con las leyes : el pueblo asiático es el pueblo de la contemplacion y el ascetismo : el griego el de la inteligencia : el romano el pueblo político , el pueblo legislador y guerrero. En el Oriente , el principio de la autoridad y el de la libertad están representados por dos diferentes naciones : en la Grecia , por dos ciudades enemigas : en el pueblo romano , por una sola ciudad que los encierra en sus muros. Roma por sí sola es lo que la India y la Persia , lo que Atenas y Esparta : defienden el principio de la autoridad la raza sacerdotal , la raza etrusca ; y la libertad la raza latina : combate por la segunda aquella plebe magnánima que ganó con la paciencia el derecho á la victoria : defiende la primera el Senado , aquella magistratura excelsa , la más grande entre todas las magistraturas humanas. Unico representante , á un tiempo mismo , de la autoridad y de la libertad , esas dos verdades que separadas entre sí son incompletas , y que juntas constituyen toda la ciencia política , el pueblo romano pudo dominar á los pueblos , y avasallar á las naciones. Con su principio de libertad , se asimilaba la civilizacion griega : con su principio de autoridad , las civilizaciones asiáticas : con ambos , el mundo.

Tal es el camino andado por la humanidad , desde que renace del seno de las aguas hasta la caída del imperio romano , aquel segundo cataclismo que padecieron las gentes. Al recorrer este gran periodo histórico , el señor Morón ha seguido á la civilizacion antigua paso á paso , contándonos sus vicisitudes , y revelándonos sus secretos. Llegado aquí , abandona á la antigüedad definitivamente para estudiar las civilizaciones modernas. Todas ellas tienen un origen comun , el Cristianismo ; y la invasion , en el imperio , de los

pueblos septentrionales : reunidos entonces en uno el elemento romano , el cristiano y el germánico , salió de aquella confusion fecundísima esa poderosa civilizacion europea , más vasta y más comprensiva que todas las civilizaciones del mundo. Digamos algo de lo mucho que podria decirse sobre estos grandes sucesos.

La república romana , que se engrandeció con las guerras extranjeras , y se fortaleció con aquellas austeras virtudes que la hicieron famosa entre todas las naciones , murió á manos de los sofistas griegos y de las guerras civiles. Contemporáneas fueron en Roma la filosofía de Epicuro , y las tremendas proscripciones de Mario y de Sila. La señora del universo , cansada de su virtud y enloquecida con sus triunfos , para divertir sus ocios , se entregó á los mas torpes deleites , y se rasgó sus propias entrañas. Tras las guerras civiles de Sila y de Mario , vinieron las de César y Pompeyo ; y despues las de Antonio , Lépido y Augusto. Estragadas las costumbres , profanadas las leyes , enervadas las almas , enflaquecidos los cuerpos , y endurecidos los corazones con el espectáculo de aquellas proscripciones sangrientas y de aquellas insensatas bacanales , el pueblo romano , olvidado de la libertad antigua , se sujetó al señoría de los emperadores ; los cuales , para divertir su servidumbre , le dieron en espectáculo sus propias extravagancias y los horrores del circo. El mundo no podia estar de esta manera : la exageracion de la idea de la autoridad habia producido el despotismo : el olvido de la idea de la libertad , la servidumbre : el culto rendido á todas las divinidades extranjeras , la indiferencia religiosa : los sofismas de los filósofos griegos habian acabado con la razon ; los vicios , con las austeras costumbres del pueblo romano : era necesario , pues , por una parte , levantar los espíritus y fortalecer los cuerpos ; por otra , restaurar la verdad política , la verdad moral , y la verdad religiosa. Y sin embargo , esta restauracion no podia venir ni del Oriente , ni del Occidente , ni del Norte , ni del Mediodia : á la banda del Oriente , vivian pueblos envilecidos y estragados ; á las del Mediodia , del Occidente y del Norte , vagaban en pasmosa confusion enjambres de gentes bárbaras y feroces , que corrian los bosques sin fin y los tendidos desiertos sin Dios y sin ley.